

Mirza, Christian Adel. Capítulo I. Razones, motivaciones e impulsos: ¿por qué estudiar los movimientos sociales y su relación con los sistemas políticos en América Latina? Intenciones epistemológicas y compromisos morales. En publicación: Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina: la construcción de nuevas democracias. Christian Adel Mirza. Programa Regional de Becas CLACSO, Buenos Aires, Argentina. 2006. ISBN: 987-1183-45-3. Disponible: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/mirza/cap1.pdf>

Fuente: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

PARTE I

LOS ASUNTOS EN DEBATE

CAPÍTULO I

RAZONES, MOTIVACIONES E IMPULSOS: ¿POR QUÉ ESTUDIAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y SU RELACIÓN CON LOS SISTEMAS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA?

INTENCIONES EPISTEMOLÓGICAS Y COMPROMISOS MORALES

¿POR QUÉ INVESTIGAR los movimientos sociales en América Latina? ¿Cuánto hay de nuevo? ¿Qué relación existe entre aquellos y sus respectivas democracias nacionales? ¿Cuánto hay de común entre ellos, y qué papel juegan en el actual contexto sociopolítico y económico del subcontinente? ¿Qué tienen que ver los movimientos sociales con la democracia y los partidos políticos?

Explicitaré, pues, las razones del interés por los movimientos sociales y las posibles contribuciones desde el enfoque de los científicos sociales que de una manera u otra aportan a desentrañar los procesos, complejos por cierto, de construcción de una acción social colectiva; como así también sus correlaciones con los sistemas políticos, y más particularmente con los sistemas de partidos.

En primer lugar, las democracias latinoamericanas emergidas del período autoritario manifiestan todavía importantes debilidades y falencias en términos sustantivos y formales; por un lado, porque en la mayor parte de las naciones sudamericanas aún no consiguen dar cuenta de los problemas sociales de la mayoría de sus respectivas poblaciones y, por otro, porque la inestabilidad ha sido para muchos la impronta de la última década.

Los asuntos vinculados a los modos o modelos de desarrollo de la región y sus efectos directos en la mejora del bienestar de los pueblos, la necesidad de encontrar alternativas económicas y políticas adecuadas a

los desafíos contemporáneos, y la reconstrucción de los mecanismos de convivencia y regulación pacífica de los conflictos constituyen, en definitiva, cuestiones que aún no encuentran respuestas sólidas y estables.

Antes bien, los acontecimientos sociales y políticos de fines del siglo XX y principios de la presente centuria alteran necesariamente la visión de una América Latina que, tras dejar atrás las dictaduras de los setenta y ochenta, iría a reencauzar sus democracias en el marco de formatos estables, asentados y permanentes. La viabilidad de aquellos formatos resultó seriamente interpelada, y fueron los sistemas de partidos la dimensión más vulnerada y visible de la descomposición y la desestructuración política. La democracia fue lesionada y agredida por los regímenes militares en casi todo el subcontinente durante los años setenta; sin embargo, y pocos años más tarde, una vez retomados los caminos de su restauración, la gran mayoría de los partidos con actuaciones seculares en la arena política demostraron su incapacidad para asumir la conducción eficaz de aquellos procesos de restauración democrática post-autoritaria, incluso en aquellas naciones que habían superado los períodos del militarismo vernáculo mucho antes que las del Cono Sur. Así pues, el sistema de partidos colapsó en Venezuela, se fragmentó en Ecuador, sufrió la furia popular en Argentina, por citar los casos tal vez más ilustrativos de un fenómeno que, lejos de ser exclusivamente atribuible a las condiciones internas y peculiares de cada país, reflejó una problemática común y más profunda.

La década del noventa dejó como saldo un deterioro significativo de las condiciones de vida de millones de latinoamericanos, que, pese a la recuperación a posteriori de las economías nacionales y regionales, no se vieron modificadas de manera sustantiva. La implantación del neoliberalismo en mayor o menor grado de profundidad y alcance provocó en la última década del siglo pasado una degradación más acentuada del bienestar de grandes contingentes de trabajadores asalariados, campesinos, pequeños productores, entre otros sectores sociales que, aun al abrigo de políticas sociales compensatorias, quedaron despojados del ejercicio pleno de sus derechos. El despliegue de políticas públicas que se sustentaron y autojustificaron en la mentada globalización neoliberal y en la necesidad de una reinserción internacional –que implicaron desregulación y flexibilización laboral, desindustrialización en muchos casos, privatizaciones, achicamiento y prescindencia del Estado, liberalización de los mercados, apertura económica y comercial, libre circulación de capitales (sobre todo financieros y especulativos)– agravaron los problemas sociales y provocaron el surgimiento de nuevos conflictos.

La tarea de los científicos sociales latinoamericanos debe contribuir también, en esta dirección, a ofrecer un marco de análisis socio-político, a fin de describir y comparar, intentar explicar e interpretar

los fenómenos y procesos sociales, identificar los clivajes y factores de diverso orden que inciden directa e indirectamente en los cursos históricos de las naciones del subcontinente y, de manera específica, en la construcción de nuevos escenarios democráticos.

En segundo lugar, este contexto caracterizado por la hegemonía del neoliberalismo en términos de paradigma económico, ideológico y cultural, resignificó la dependencia de América Latina de la potencia imperial norteamericana, sobre todo y mucho más después de la caída del bloque soviético. Con la decisiva influencia de los organismos internacionales tales como el FMI, el Banco Mundial y el BID, los países del subcontinente debieron transitar por una etapa que dejaba atrás el modelo sustitutivo de importaciones, el Estado de Bienestar (al menos como paradigma social, más allá de su instrumentación parcial y recordada) y la consideración de un modo desarrollista que tenía al Estado como su principal mentor.

El mapa de los conflictos sociales, en consecuencia, iría variando en su configuración económica y política. La emergencia de los nuevos movimientos sociales está vinculada al descenso del protagonismo de la clase obrera y sus organizaciones, a la relevancia que tomaron otras problemáticas tales como la exclusión histórica de los pueblos indígenas, el papel de la mujer en la sociedad, la degradación del medio ambiente y la destrucción impune de la biodiversidad, entre otras cuestiones. Los movimientos sociales latinoamericanos prefiguran nuevos ejes del conflicto social que ameritan un estudio cuidadoso de sus estrategias y formas de lucha, de sus demandas e interpelaciones, de sus logros y conquistas sociales. A mi juicio, los nuevos y viejos movimientos sociales desempeñan un papel central en la delimitación de los campos de controversia en la distribución del poder, de los recursos, y los rumbos de la historia de la democracia. Mi convencimiento a priori de que dichos movimientos sociales deberán jugar un rol fundamental en la construcción de nuevas democracias participativas que superen la debilidad intrínseca de las democracias meramente representativas, reconociendo sus insuficiencias y limitaciones actuales, me ha empujado a la ardua faena, pero subyugante, del examen y estudio de la acción social colectiva en América Latina.

Por ello me he propuesto desarrollar la presente investigación en el entendido de aportar apenas algunos insumos conceptuales, algunas herramientas de análisis y valoraciones respecto del papel de los movimientos sociales en la búsqueda de refundar una democracia inclusiva y, por ende, más genuina.

En tercer lugar, el vínculo históricamente entretejido entre movimientos sociales y partidos políticos –independientemente de su signo, de sus orígenes, causas y efectos, del tipo de relaciones entre ambos actores, de sus múltiples modalidades y variantes en el continente–

constituye de antemano una dimensión susceptible de ser investigada. De hecho, varios han sido los científicos sociales que desde escuelas diferentes abordaron las relaciones entre partidos políticos y actores sociales.

Hay un componente o aspecto central en aquel relacionamiento que refiere al grado de autonomía de unos y otros en sus correspondientes prácticas institucionales en escenarios democráticos, tanto si estos se caracterizan por el populismo que integra al corporatismo mediante la cooptación, como si se trata de ambientes más pluralistas que suponen lógicas y racionalidades de competencia desembozada por los recursos de poder. Este aspecto merece especial atención, en la medida en que encuentro argumentos pertinentes para afirmar en mis hipótesis de trabajo que una autonomía débil o ausente de los movimientos sociales los hace incapaces de activar procesos democráticos enraizados en la sociedad civil, así como compromete su propia legitimidad y credibilidad social. De otra parte, una maximización de la autonomía de los movimientos sociales, respecto tanto del Estado como de los partidos políticos, contribuye decididamente a que se consoliden como actores o sujetos protagonistas en la edificación de democracias inclusivas y cuyas luchas y reivindicaciones sociales no queden acotadas a los parámetros de las coyunturas económicas ni a los limitados campos de las concesiones políticas de corto alcance.

Por último, quiero expresar mi compromiso con el universo de los actores sociales, movimientos sociales, organizaciones populares de América Latina, en tanto investigador, pero también en mi condición de ciudadano. El investigador, por su compromiso epistemológico, no puede despojarse de sus propias convicciones sociales, políticas e intelectuales; aunque simultáneamente, debe ser consciente de las limitaciones y condicionamientos (materiales y simbólicos) de su producción científica. Por ello, mi labor de investigación está también fundada en un compromiso ético con la causa de los pueblos latinoamericanos, en una América Latina profundamente convulsionada, desgarrada, pero asimismo cargada de enigmas, de potenciales alumbramientos y, sobre todo, de futuro.